



REVISTA SEMANAL.

Se publican 48 números al año.
Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte, siendo precisa condición hacer la suscripción por anualidades.

AÑO 3.º—NÚMERO 26.

DIRECTORA,
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

14 de Julio de 1877.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 45.

SUMARIO.

El vencedor de Lepanto, por don F. Fernandez Villabrilie.—A la Virgen Maria, poesía, por doña María S. C.—La estrella de los mares, por doña Ángela Grassi.—Retroceder á tiempo, por doña Adela Sanchez de Castro.—Variedades.

EL VENCEDOR DE LEPANTO.

(Conclusion.)

Avistáronse las dos armadas en el golfo de Lepanto el día 7 de octubre de 1571, viniendo la del turco con viento favorable y contrario á los cristianos. D. Juan mandó inmediatamente disparar una pieza de artillería, y todas las galeras se fueron ordenando en batalla, mientras que él, embarcado en una nave pequeña y ligera, iba recorriendo la línea y arengando á las tripulaciones. Alí-Bajá en tanto sobre la cubierta de su nave, donde habia reunido á sus jefes subalternos, les comunicaba instrucciones y les arengaba, mostrándoles la armada enemiga como seguro despojo de su victoria. Aun antes de que estuviesen á tiro de cañon las dos armadas, salieron á vanguardia seis galeras venecianas

para cañonear á las del turco, mientras que un tierno y religioso espectáculo se ofrecia á bordo de todas las naves confederadas. Jefes y soldados hincaban la rodilla sobre cubierta, adorando el estandarte de la Cruz, que el sumo pontífice habia regalado á D. Juan, y que antes de entrar en combate, habia éste mandado enarbolar en las gabias de su galera capitana, y á cuya sagrada insignia tributaban entonces los honores militares las trompetas e instrumentos bélicos del ejército.

Á las doce en punto del día se rompió el fuego en toda la línea, siendo tan terrible y tan continuado por una y otra banda, que el aire quedó oscurecido con la densidad del humo, mientras que los oídos estaban atronados con la intensidad del estruendo. El viento habia cambiado de rumbo, yendo por consiguiente todo el humo á ofuscar á los turcos, y esta mudanza repentina, con todas las apariencias de milagrosa, alentó sobremanera á los cristianos que pedían á gritos el abordaje. Los dos almirantes enemigos, así que se reconocieron por sus respectivas banderas, maniobraron el uno contra el otro hasta que se abordaron para empezar un personal combate. Siete galeras acudieron in-

mediatamente á proteger á la capitana del turco, y casi otras tantas se acercaron á la de Don Juan, de modo que allí se concentró toda la fuerza de la batalla. Tres veces saltaron los cristianos á el abordaje, llegando en una de ellas hasta el palo mayor y tres veces fueron rechazados. Peleaban los paganos, no por la victoria, sino por alcanzar el paraíso que Mahoma promete á los fieles creyentes; pero se trataba en aquel día del triunfo de Jesucristo ó del de Mahoma, y así por una y otra parte era igual la resistencia é igual el encarnizamiento. D. Juan de Austria invocó el Dios de los Recaredos y Alfonsos y preparó el último y decisivo ataque. Acuden presurosos á su lado el comendador mayor de Castilla, el conde de Priego, D. Luis de Córdova, D. Rodrigo Benavides, Don Juan de Guzman, D. Felipe Heredia, Rui Diaz de Mendoza, Juan de Soto y otros guerreros, y esta escolta digna de tal jefe y compuesta exclusivamente de capitanes y caballeros españoles, acomete con furor irresistible á la capitana enemiga, en la que al fin abre anchuroso portillo y entra arrollando á los enemigos. Allí viendo atacada su nave y notando el desaliento de los suyos, se arroja en las primeras filas con el valor de la desesperacion; pero allí encuentra la espada exterminadora de D. Juan, que hace saltar su cimitarra damasquina como si fuese de vidrio, y al segundo golpe del jóven de Austria, se vé á Alí revolcarse en su sangre sobre la cubierta, murmurando estas palabras antes de espirar:

—No hay mas Dios que Dios, y Mahoma es su profeta.

La sangrienta cabeza de Alí, fué colgada de los palos de las gabias, abatida la media luna, y enarbolado el estandarte de la cruz. El combate se convierte en una carnicería espantosa, y la tripulacion enemiga es pasada á cuchillo. Los caballeros de Malta reconquistan su galera capitana, que los turcos habian apresado, mientras que D. Juan de Austria, libre ya de enemigos, acude á favorecer los puntos débiles y ahuyenta delante de sí las maltratadas naves enemigas, muchas de las cuales van á estrellarse en las costas lejanas. Los cautivos cristianos rompen sus cadenas y atacan á sus tiranos, como quien desea vengar en su sangre sus enconados ultrajes. Los galeotes que iban al remo en la armada cristiana, con la promesa de alcanzar el perdon y libertad, acometen á los turcos con furor irresistible. Los gritos de ¡victoria! resuenan ya por todas partes: victoria brillante, en la que veinte y cinco mil turcos muertos, diez mil prisioneros, entre ellos los dos hijos de Alí,

veinte mil cautivos rescatados, ciento sesenta naves apresadas y otras muchas quemadas ó echadas á pique, enseñaron á los turcos que ya no les seria dado invadir la Europa, y que el Todopoderoso, al dejarlos apoderarse de Constantinopla, habia dicho á la media luna: «No pasarás de aquí.»

III.

El aplauso del triunfo acompañaba á D. Juan por todas partes: su nombre era pronunciado con júbilo en los templos, en los palacios y en los campos de batalla. Todos reconocian en él la régia y generosa estirpe de que procedia, y hasta el anciano sumo pontífice San Pio V., entusiasmado con la noticia cierta de aquella victoria de que habia tenido secreto presentimiento, aplicó á D. Juan de Austria aquellas palabras del Evangelio: «*fuit homo missus á Deo cui nomen era Joannes.*» Hasta el austero Felipe II pareció por un momento poseído del entusiasmo general: recibió á D. Juan ante toda su corte, y sus felicitaciones parecian sinceras, pero encubrian la desconfianza y el recelo. El engrandecimiento de D. Juan y el prestigio para siempre unido á su nombre, inspiraban sérios temores al rey don Felipe, cuyo carácter suspicaz le hacia recelar hasta de su hermano. Este por su parte tampoco se encontraba á gusto en la corte y al lado del rey: la ardiente sed de gloria que le devoraba, le impelia á apurar la copa encantadora que ya habia llegado á sus lábios, corriendo allí donde hubiese peligros que arrostrar y enemigos que vencer. Terminadas sus expediciones navales contra los turcos, tenia que lidiar en tierra contra otros enemigos no menos temibles: los hereges que traian alborotados los Países-Bajos.

Nombrado gobernador de aquellas provincias por muerte del comendador Requesens, cruzó disfrazado por la Francia para combatir en el Luxemburgo con un digno rival suyo: el príncipe de Orange. No le abandonó la fortuna en esta nueva campaña; á la sorpresa de Namur se siguieron importantes victorias en Mariemburgo, Charlemont, Jemblours, Lovaina, Sichem, Nivella y otras plazas del Brabante, y es seguro que hubiera terminado la guerra, si de España le hubiesen enviado los socorros oportunos; pero el rey don Felipe, que observaba todas sus acciones, que no podia olvidar el triunfo de Lepanto, que no habia querido concederle un título de Castilla, y que se habia negado á las instancias del papa, para conceder á D. Juan la investidura de un reino en la costa africana del Mediterráneo, tampoco quiso entonces concederle

un ejército con el que el ilustre joven hubiera podido realizar alguno de estos proyectos.

D. Juan de Austria sentía mucho esta negligencia del rey en enviarle socorros, y no podía llevar con paciencia la inacción en que se hallaba. Resolvió finalmente dar un golpe decisivo á los rebeldes, ayudado de Alejandro Farnesio, el amigo de su juventud y su compañero en Lepanto. Era preciso para esto que la corte de Madrid aprobase el plan y le facilitase los medios de ejecución, y para conseguirlo á toda costa, envió á Madrid á su favorito y confidente, el secretario Escovedo. Este sufrió las humillaciones de la corte y los desaires de los cortesanos, sin que jamás lograrse ver al rey.

Cuando al fin consiguió presentarse al primer ministro, lejos de que fuesen atendidas sus peticiones, solo escuchó duras reconvenciones por su conducta y la de D. Juan, acusándole á él, Escovedo, de que era el que fomentaba sus ambiciosas miras y el que negociaba secretamente su casamiento con la reina doña Isabel de Inglaterra. Escovedo, arrebatado por su cariño, rechazó con energía todas las calumnias que á su señor imputaban, y llegó á defenderle en términos insultantes para el primer ministro, de modo que aquellos dos hombres se apartaron poseídos del mas vivo resentimiento.

Dos dias despues, Escovedo que disponia el viage para volverse con su señor y príncipe, fué encontrado cosido á puñaladas en una estrecha y oscura calle de Madrid. Esta catástrofe y el comprender que habia caído para siempre en desgracia del rey y de la corte, acarrearón á D. Juan de Austria la enfermedad aguda que le llevó al sepulcro en 3 de octubre de 1578, á los treinta años escasos de su edad.

El malogrado joven, vestido de gala, con pecho bruñido y con gorra de raso carmesí en la que iba figurada una corona de perlas y brillantes, fué colocado en unas andas cubiertas de tela de oro. Pusieronle sortijas en las manos y el collar del Toison de oro al cuello. Despues precedido de los frailes, clerecía y obispos con hachas en las manos, fué llevado en hombros de cuatro caballeros, desde el fuerte de Namur, donde falleció, á la iglesia catedral. El ejército consternado seguia, tambor batiente y armas á la funerala, el féretro de su general.

Hacia siete años que en época semejante habia triunfado en Lepanto.

F. Fernandez Villabrilie.

Á LA VIRGEN MARÍA.

RECUERDO DE CONCHITA,
QUE MURIÓ EL DIA 8 DE MAYO.

FLORES Y ESPINAS.

El almo mes de Mayo
pasó, madre querida,
las aves y las flores
rindiendo sus primicias
cercaron tus altares
causándote alegría,
amantes trovadores
con elocuencia digna
cantaron á la Pura
sin mancha concebida.
Porque eres tú su reina
porque tu amor inspira,
y entre todas las flores
la azucena divina;
Encanto de los cielos
al comenzar tu vida,
y en el discurso de ella
violeta y siempreviva.
Yo tambien á tus plantas,
erizada de espinas
vengo, flor deshojada,
para que me des vida.
Porque huracan violento
con brusea sacudida
me arrebató el capullo
que fuera mi alegría.
La flor de mis amores,
mi tierna y casta hija,
doncella que tres lustros
cumplidos aun no habia.
De angelical semblante,
de plácida sonrisa,
de abundoso cabello
y de mirada tímida.
Que la garza á sus ojos
tener pudiera envidia,
que el coral en sus labios
dibujaba una cinta.
De diminuta boca
do nunca la mentira
manchar logró un instante
aquella alma sencilla.
Noble como navarra,
inocente, sumisa,
era cual la paloma,
mi malograda hija.
De elevados afectos,
de prudencia exquisita,
y entre sus compañeras

la mas perfecta amiga.
 Mas Él que á mis cuidados
 la encomendara un dia
 por ser autor y dueño
 de aquella flor bellisima,
 á la implacable muerte
 tronchar mandó solícita,
 y contemplé admirada
 el alma dolorida
 caer entre mis brazos
 su corola encendida.
 Tal vez á tu guirnalda
 entretejer queria
 esta flor inocente,
 esta, que fué tu hija;
 del mundo en el destierro
 para su eterna dicha,
 ya que marcada estaba
 con tu nombre, María.
 ¿Cómo negarte, madre,
 esta inocente víctima,
 si Dios para tu gloria
 acaso la pedia?
 De mi fe religiosa
 yo me creyera indigna
 resistiendo cobarde
 la voluntad divina.
 La adoro, bien lo sabes....
 dulcísima María....
 acepta mis pesares,
 mis flores con espinas.
 Y del pecho angustiado
 de esta madre afligida,
 compasiva, amorosa
 á tu Jesus dirijas,
 esta súplica ardiente
 que el corazon te envia.

PLEGARIA.

Tú que ves el sentimiento
 que embarga mi corazon
 desde aquel triste momento,
 oye mi cansado acento
 desde tu inmortal mansion.

Mi espíritu pronto está
 para soportar la herida,
 de Dios es mi voluntad;
 pero yo Madre escogida,
 temo mi fragilidad.

Y si el llanto se me niega
 enjuga tú el de mi esposo,
 ruega por nosotros, ruega,
 desterrados Hijos de Eva,
 Madre del Amor Hermoso.

María C. S.

LA ESTRELLA DE LOS MARES.

Es Córcega una bella isla, célebre por haber
 dado cuna al gran capitán del siglo, al invicto
 Napoleon. I. No necesitaba, sin embargo, de es-
 ta gloria para fijar sobre sí la atención del uni-
 verso, porque aunque solo tiene 50 leguas de
 circuito, encierra cuantos dones puede ofrecer
 una naturaleza pródiga y vigorosa.

Pero no quiero describiros sus montañas cu-
 biertas de bosques frondosísimos, y en cuyas
 cimas hay lagos transparentes mantenidos por
 las nieves detenidas en sus riscos; no quiero
 hablaros de los mármoles, granitos, jaspes y
 pórfidos que enriquecen sus canteras, ni del oro,
 la plata, el cobre y el hierro que guardan sus
 minas; no quiero hablaros de sus risueños valles
 sembrados de flores; de sus alegres sotos abun-
 dantes de caza, pero en los cuales no existe ni
 un solo reptil venenoso; no quiero hablaros, por
 último de sus bellas ciudades, edificadas á la
 orilla del mar y que se espejan en sus ondas, ni
 de su capital, Ajaccio, que hallándose situada
 en un paraje en donde se cruzan las dos cade-
 nas de montañas que atraviesan la isla, ostenta
 en sus alrededores las mas sorprendentes pers-
 pectivas, formadas por sus bosques de castaños,
 sus colinas cubiertas de viñedos, sus cascadas
 majestuosas y sus límpidos arroyos que se des-
 lizan entre el musgo de los prados.

No, no quiero hablaros de nada de esto; quie-
 ro tan solo describiros una maravillosa capillita
 llamada la *Estrella de los mares*, y situada en la
 parte occidental de la isla; que está como sus-
 pendida sobre la espumosa superficie, sirvién-
 dola de cimientó dos rocas salientes que se
 abrazan. Imposible es llegar hasta ella por la
 parte de tierra, pues las rocas superiores están
 cortadas á pico; pero desde sus umbrales hay
 algunos escalones carcomidos que descienden
 hasta el nivel de las aguas. Por lo demás, si la
 cruz que ostenta en la cúspide y una efigie tos-
 ca de la Virgen que hay en su fachada no reve-
 lasen su sagrado destino, podría tomársela por
 una choza cualquiera, pues sobre ser tan peque-
 ña, cubren casi enteramente sus paredes las al-
 gas y plantas marinas.

Pero, ¡cosa extraña! aunque los vientos tras-
 formen en montes de espuma las olas, aunque
 estas se precipiten con furia sobre la playa, al
 llegar á aquel sitio se replegan respetuosas, so-
 bre sí mismas y, segun cuenta la tradicion, ja-
 más han llegado á salpicar los muros de la ve-
 neranda ermita.

Esta no se abre mas que una vez al año á la

piedad de los fieles y es el día de la Asunción de la Virgen, día de júbilo y regocijo para los habitantes de la isla.

Desde el alba se abren de par en par sus puertas, y aparece su único altar adornado de flores y resplandeciente de luces.

A las nueve, un sacerdote celebra los divinos oficios, y entonces se cubre el mar de barquichuelas enguinaldadas, que se van situando las unas detrás de las otras formando semicírculo. Vénse en ellas hombres, mujeres, ancianos y niños, vestidos de fiesta, que se inclinan humildemente y oran, terminando su oración con un cántico de alegría.

La misma discordancia de las voces, la misma heterogeneidad de los sonidos presta á aquel canto inspirado una magia indefinible, y nada es tan bello como el espectáculo que ofrecen aquellas barquillas aglomeradas, nada tan poético como aquellas preces, entonadas al aire libre, mientras el sol dora la extensión inmensa de los cielos.

Las olas temblorosas acarician los costados de las navecillas pérdida su fiereza, el aura agita blandamente las velas y gallardetes, y casi apenas se atreve á balancear las guirnaldas de flores que mecen sus mástiles.

Por otro milagro de la Providencia, en ese día suele estar casi siempre el cielo sereno, el mar en calma, y la naturaleza ostentando todos sus encantos.

Acabada la misa, las barcas llegan por turno hasta el pie de la capilla, depositan su ofrenda en los escalones y se alejan.

Hasta la noche dura la piadosa romería; pero cuando sobreviene es muy distinto el cuadro que ofrece á las miradas.

Abundan en Córcega los insectos fosfóricos, mucho mas luminosos que nuestros gusanos de luz, pues cinco ó seis juntos producen una claridad suficiente para leer y ejecutar las labores mas primorosas.

Así que las sombras enlutadas descienden á la tierra, empiezan á despedir una luz brillante estos insectos, colocados de intento entre los cabellos de las jóvenes y entre las cintas y las flores que adornan las barquillas, produciendo una iluminación fantástica y movable cuyo efecto es imposible imaginar ni describir con palabras.

Entonces, los árboles de las orillas se cubren de una luz azulada como si estuvieren sobrecargados de cristales ó frutas diáfanos, y son los insectos, que á propósito tambien se colocan entre sus hojas. Estas frutas ilusorias van presentando sucesivamente todos los matices del

arco iris, pues á veces son azules, á veces son rosadas ó color de púrpura. Á veces tambien se amortiguan ó apagan enteramente, pero en breve vuelven á despedir nuevas centellas, ya caen al suelo como una lluvia de oro, ya saltan otra vez de abajo arriba en hilos azules ó de color de ópalo, ó bien se esparcen en el aire en forma de abanicos.

No tiene Venecia iluminaciones mas bellas y caprichosas que esta; no tiene la moderna ciencia fuegos de artificios mas sorprendentes y variados.

Añaden nuevos atractivos á este cuadro magnífico el cielo tachonado de estrellas, las ondas de plata, la brisa apacible, los coros armoniosos de los navegantes que se alejan bogando lentamente.

Pero ¿qué origen tuvo la piadosa romería? ¿Quién fundó la santa capilla?

Hé aquí resuelto el enigma, tal como le resuelven los habitantes de la isla.

Vanina era esposa y madre: la mas feliz de las esposas, la mas dichosa de las madres. Y no era porque habitase un palacio, ni poseyese vastos campos, ni tuviese muchos servidores. Vanina era pobre; su chocita, limpia y risueña, situada á la orilla del mar, no ostentaba mas adornos que las rosas y madreselvas que cubrían las paredes; su marido era pescador y solo poseía sus redes y su lancha. Pero el amor habitaba en la choza junto á Vanina, y mecía la cuna de su niño: el amor seguía á Beppo á la playa y tiraba por él las redes, que volvían á salir de las revueltas ondas llenas de peces brillantes y sonrosados. Y por las noches, cuando Beppo y Vanina estaban reunidos y saboreando su frugal cena, el amor, sentado á su pobre mesa, cantaba himnos de ventura y los acompañaba hasta el lecho nupcial, corriendo con mano pudorosa sus modestos cortinajes.

El niño, único fruto de aquella dulce union, cumplió tres meses, y su piadosa madre quiso ir á ofrecerlo ante el altar de una Virgen que se veneraba en un cercano templo.

El templo descollaba sobre un alto promontorio y la travesía por mar era mas corta.

Cuando la feliz esposa, con su niño en los brazos, entró en la barquilla cuyo timon manejaba Beppo con sin igual destreza, el cielo estaba sereno y las aguas parecían un límpido espejo: cuando volvieron de su pequeño viaje, negros nubarrones cubrían el firmamento y las oleadas furiosas é imponentes envolvían el endeble barquichuelo.

Los ecos siniestros de la tempestad resonaban con fragor horrisono, y el viento que en la pla-

ya arrancaba de raíz los árboles centenarios, no tuvo compasión de la frágil vela, pues rasgándola en mil pedazos, la esparció por la superficie de las aguas.

¡Ay de los tristes esposos! ¡Ay de su pobre niño!

La barca, juguete de las olas tempestuosas, ya subía hasta el cielo, ya se hundía en los abismos, ya se ladeaba como si quisiera desembarazarse de su carga para correr en pos del viento que la arrebatava entre sus olas.

La noche era oscura, y solo los relámpagos y el rayo iluminaban la espantosa escena.

En la playa se veían correr multitud de luces, resonaban confusas voces. Eran sin duda los pescadores que volaban al socorro de los naufragos. ¡Pero ¡ay! que las olas crecían! ¡Ay que el viento arreciaba! ¡Ay que llegarían sobrado tarde!

—¡Oh implacables hondas, gritó la madre desolada, no me arrebatéis á mi hijo!

Y de pié en la popa, con el traje en desorden, con el cabello esparcido, estrechando á su niño entre los brazos, parecía la imagen de la desesperación, disputando su presa á la borrasca.

Pero la borrasca aceptó el desafío: rasgáronse las nubes, y negras masas de aguas se desplomaron sobre el zozobranante barquichuelo; salieron los vientos impetuosos de sus ántros y destrozaron los restos de su mástil.

Una oleada mas gigantesca que las otras llegó, pasó y arrebató al tierno infante entre su diáfano torbellino.

—¡Virgen bendita, estrella de los mares, salva á mi hijo! Gritó la madre sin ventura.

Este fué su último grito.

La barquilla se destrozó y los esposos cayeron al fondo del abismo.

Pero veinte barquillas surcaban ya las ondas y los pescadores intrépidos salvaron á los naufragos.

Condujéronlos á la playa.

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo! exclamó Vanina apenas recobró el uso de los sentidos.

Los pescadores volvieron al mar para arrebatarle su presa viva ó muerta; pero en vano la buscaron en sus profundidades misteriosas.

Brilló el sol, subió al cénit, volvió á esconderse en el ocaso, y el cadáver del niño aún no había parecido.

Vanina no descansaba; loca, fuera de sí, desatentada, recorría la costa; invocaba la piedad del cielo y suplicaba á las ondas, ya mansas y apacibles, que la devolvieran siquiera el cuerpo de su niño para darle sagrada sepultura.

De pronto se detiene, lanza un grito de ine-

fable júbilo, cae de rodillas y da gracias fervientes á la Virgen bondadosa.

¡Su hijo estaba allí, en el hueco de dos rocas salientes que se abrazaban por encima de las aguas! Las aguas tranquilas le arrullaban, los céfiros perfumados oreaban su frente; el niño sonreía como si estuviese en su cuna y tenía fijos los ojos en la bóveda del cielo, como si viese flotar entre las nubes una imagen bienhechora.

—¡Milagro, milagro! grito la madre transportada de seráfica alegría.

—¡Milagro! ¡Milagro! repitieron los pescadores, que habían corrido á agruparse en torno de ella.

—La Virgen lo ha salvado, prosiguió Vanina con fe ardiente. ¡Gloria á la Virgen sacrosanta, gloria á la Estrella de los mares!

—¡Gloria! ¡Gloria! repitieron en coro sus entusiastas compañeros.

Cogieron con santo respeto al hijo del milagro, lo llevaron en triunfo á la choza de sus padres, y fué Beppo quien por sí mismo construyó en el lugar del prodigio la modesta capilla; fué él quien labró la tosca imagen de la Virgen que se venera sobre su altar; fué Vanina quien la vistió con su traje de desposada, y la adornó con una corona de conchas y de flores.

Y allí está hace ya muchos siglos para atestiguar el milagro; allí está para despertar santas y dulces emociones en el alma de los corsos.

¡Oh inefables y puras creencias del cristiano! ¡Feliz el que os alberga en su seno, feliz el que en la hora de la mundana borrasca alza los ojos al cielo, y busca en los espacios la salvadora *Estrella de los mares!*

Angela Grassi.

RETROCEDER Á TIEMPO.

(Continuacion).

—Carlos, mi amado Carlos, ¿qué tienes que tan pensativo estás? ¿por qué no fijas en los míos tus ojos y bajas la cabeza: te cansa mi compañía, mi esposo idolatrado?

Él, que había levantado su expresivo rostro al oír las palabras de su esposa, exclamó con el mismo acento de cariño:

—Mi dulce María! tu compañía cansarme? no, vida mia, es que al fijar mi vista en esta mansa corriente, mi pensamiento corría al par que ella, y pensaba que cual estas tranquilas aguas, levanta y agita el aire de la tormenta, convirtiéndolas en devastador torrente que arrasa cuanto á su paso se opone, hasta que la voluntad divina contiene la tormenta; así el ángel malo en-

ciende nuestras pasiones, pasiones que impulsadas por él, devastan cuanto ven y marchan sin cesar sembrando por doquier la muerte y la deshonra, hasta que Dios las detiene por medio de un ángel que reviste casi siempre de las formas de la mujer, ese ángel has sido tú, María: pensaba al ver la blanca espuma que mis piedras levantaban en el agua antes de sepultarse en ellas, que así las pasiones bastardas levantan en el corazón un sentimiento de alegría que luego se sepulta para siempre en nuestra alma, convertido en roedor remordimiento: meditaba al ver la rapidez con que el río pasa por delante de nosotros, que tan breve es nuestro paso por la tierra, y que somos unos insensatos al comprometer por los ligeros placeres de esta efímera vida, nuestra dicha eterna en ese mas allá, cuyo dintel guarda el misterio augusto de la tumba; estas reflexiones me las arrancaba, esposa mía, el recuerdo de mi vida pasada, he sido tan criminal, había tan por completo olvidado la existencia de un Dios de justicia, que ahora, al ver que me ha tendido su mano protectora para sacarme de entre el cieno en que me agitaba, no puedo menos de reconocerme con gusto vencido; y al ver al ángel que ha colocado á mi lado para que conduzca mi alma á su salvación, le doy gracias con todas mis fuerzas y proclamo en alta voz su infinito poder.

—Oh, Carlos mio! exclamó con un grito de alegría, qué feliz soy al oírte expresar así: ¿qué importan tus pasados errores, si al fin has comprendido que hay un Dios que por nosotros vela, y desde tu arrepentimiento eres el mas bueno de los hombres!

—Sí, procuro ser tan bueno como criminal he sido para que Dios perdone mis extravíos; he sido un miserable, María, para mí no había nada sagrado ni respetable. ¡Oh! si yo pudiera inculcar en la mente de los que el camino que yo he abandonado siguen, las ideas que en la mía se agitan, pronto los convencería de que el que se obstina en correr ciego por la resbaladiza pendiente del mal, se estrella mas tarde ó mas temprano en el fondo de un abismo insondable, ó caen en la mas repugnante abyección, teniendo por fin el grillete del presidio; ó el criminal suicidio les abre las puertas de la eternidad.

Aquellas palabras fueron dichas con tan sombrío acento, con tal tono de profecía, que me estremecí profundamente; la historia de aquel hombre era la mía, sus palabras se clavaban directamente en mi corazón; mi estremecimiento agitó las hojas del árbol en que, sin fuerzas hacía rato me apoyaba, y los jóvenes vol-

vieron con viveza la cabeza, arrojando ella un pequeño grito de sorpresa.

Yo me acerqué confuso, haciendo un torpe saludo; él se levantó, cubriendo su frente la sombra del disgusto: me había reconocido.

—Amigo mio, dijo estrechando mi mano, dispense usted si mi recibimiento ha sido frío; V. me recuerda el pasado, que con toda el alma quisiera olvidar: V. representa para mí el ayer; pero á pesar de que su presencia ha turbado por un momento mi dicha, he tenido una satisfacción al ver á V. en nuestro pobre retiro.

Yo estaba agitado, conmovido, veía en aquel extraño encuentro la mano de Dios, y solo pude murmurar, fijo en mi idea:

—Su variación me asombra, amigo mio. lo ví á V. la última vez en los centros del vicio, haciendo alarde de excepticismo, y lo encuentro á V. hoy filosofando á la orilla del río, alabando á Dios y proclamando la virtud; agradecería á V. me hiciera conocer el incidente que tan grande variación ha producido, tal vez me sirva de provecho.

—Con mucho gusto lo haré, yo quisiera que el mundo todo viera mi vida pasada, mi felicidad presente, y mi ejemplo hiciera á los que en mi caso se encuentran, amar el bien, aborrecer el mal.

Á una indicación suya nos sentamos en la verde yerba, y después de dirigir yo un cumplido á la bella joven, dijo su esposo:

—No necesito relatar punto por punto mi fatal carrera, V. la conoce bien, nos hemos encontrado muchas veces en el centro de la corrupción y los ficticios placeres; para ser mas breve solo describiré á grandes rasgos los sucesos mas importantes de mi vida, de ellos podrá usted aprender algo. Dotado de un temperamento de fuego, y de una imaginación viva é irreflexiva y de un carácter vehemente hasta el delirio, creí encontrar en los placeres y el desorden, la felicidad eterna, y como tantos otros me arrojé ébrio de ventura en los brazos del vicio, pero sus halagos, aunque embriagan, al fin hastían, y yo que había vivido veinte años en uno; yo que había gastado en este tiempo mis bellas ilusiones, ilusiones que quería guardar toda mi vida como un tesoro sagrado, me encontré sin creencias, sin sentimientos, casi sin una idea, porque mi inteligencia estaba embotada; me encontré con el alma helada y el corazón vacío; yo era creyente y me ví escéptico, me era imposible creer en la virtud con las pruebas de corrupción que había recibido; porque me había visto rodeado de criaturas perdidas; creí, ¡pobre loco! que la virtud solo existía en la mente aca-

lorada de unos cuantos visionarios; yo era impresionable y me volví insensible; oh! mi ser habia sufrido una completa trasformacion y al verme abandonado de todo sentimiento noble, me hice criminal siendo en el fondo bueno. Quise buscar nuevas emociones que agitaran mi alma convertida en hielo, que animaran con la fuerza de la fiebre mis amortiguados placeres, me entregué al juego; allí encontré las fuertes emociones que buscaba, y como el hombre que apura con delicia un veneno que ha de sostener sus fuerzas físicas sin reparar que va abrasando lentamente sus entrañas, y minando su existencia; así yo apuré aprisa la copa embriagadora que el juego me ofrecia; mas mis recursos se agotaron, habia perdido mi fortuna, no me detuvo este nuevo obstáculo, ¿es acaso posible detenerse habiendo puesto ya el pié en una resvaladiza pendiente? pues tan difícil es, V. bien lo sabe, volverse atrás habiendo empezado á rodar hácia el abismo: solo la mano de Dios puede hacernos retroceder. Salté por todo, ya no podia vivir sin emociones fuertes, y no teniendo, pedí; cuando no encontré quien me prestara, vendí cuanto poseia; me ví al fin despreciado por lo mas despreciable de la sociedad, y ciego por el vértigo, dominado por la fiebre que se apodera del que en el fango se arrastra, me convertí en ladrón de los inocentes que á nuestro centro odioso eran conducidos, y mas tarde.... falsifiqué, oh! no se asuste V., caballero, esta es la invariable marcha del que se arroja en ese mundo de cieno que envenena el alma: se descubrió mi crimen, y huyendo de la justicia humana me oculte, sin pensar que de la de Dios no podia nada librarme: me ví perdido y recurrí á la suprema resolucion del culpable, al suicidio; no os asombre, es la fatal lógica del que todo lo ha perdido, el último crimen para coronar los otros.

Yo me estremecí de terror: como él estaba dominado por el mal, y muy cerca de descender hasta donde mi amigo, porque estaba casi arruinado; él continuó:

—Al amanecer de una hermosa mañana de primavera me dirigí á lo mas solitario del Retiro de Madrid: sentado en un banco rodeado de verdura, pasé un gran rato de muda meditacion; pensé en mi tranquila adolescencia, llena de dulces creencias, y al ver mi vida presente, no pude evitar que una lágrima silenciosa corriera por mi rostro; recordé adónde conducen los desórdenes de la juventud, dosórdenes que al principio creemos no pueden tener consecuencias, y tan fatales las tienen, y el arrepentimiento tocó mi corazón: pensé por un momento lavar mis

culpas con una vida entera de trabajo; pero me faltó el valor para tan heroica resolucion, me faltaban fuerzas para llevarla á cabo, y rechacé tan salvadora idea: reparé que se hacia tarde y me convenia acabar pronto; preparé el arma homicida, la apoyé en mi frente, y despues de un momento de oracion mental, apreté el gatillo; pero en aquel instante, una mano suave oprimió la mia, y desviando el arma, hizo que la bala fuera á perderse á mucha distancia de mi frente. Una nube divina cegó mis ojos, ví delante de mí un ángel de blancas vestiduras, y un latido de esperanza agitó mi corazón: me sentí dominado por aquella aparicion celeste, y cayendo de rodillas ante ella, exclamé besando el borde de su traje:

(Continuara.)

Adela Sanchez de Cantos.

VARIETADES.

LA VIRGEN DE DANTZIG.

En Dantzic, ciudad prusiana que llegó en otro tiempo á mas de sesenta mil habitantes, habia un pobre escultor llamado Mario. No era tenido por un ingenio superior, pero se le conocia como un joven virtuoso, que temia á Dios, honraba á los Santos, y mantenia con el fruto de su trabajo á su anciana madre; cosas que á la verdad valen bastante.

Con frecuencia el talento mal empleado llega á ser funesto; pero la virtud y el amor al deber nunca pondrán en peligro la salvacion de nuestra alma.

Mario tenia un aprendiz que comia y dormia en su casa.

Cierta noche, un ladrón trató de introducirse en la casa del artista forzando la ventana en que dormia el muchacho. Este por desgracia, despertó al ruido, se levantó de la cama, y empezó á gritar; pero el malvado, temiendo ser conocido, le asestó sendas puñaladas.

En seguida el asesino, oyendo la voz de Mario que habia despertado al ruido de la lucha, corrió precipitadamente, saltó, y escapóse por la misma ventana que le habia servido de entrada.

El pobre escultor no tuvo mas tiempo que el de recoger al infeliz muchacho, estrecharlo contra su pecho, y colocarlo encima de la cama, en donde murió en seguida. El aprendiz, en las convulsiones de su agonía, habia arrancado un batón del vestido de su maestro; pero Mario, embargado de dolor, no fijó su atencion en esta circunstancia.

En el mismo instante, una patrulla guiada por el ruido llamó con violencia á la puerta de la casa.

Mario abrió, hizo entrar á los soldados, y les refirió lo acontecido.

—¡Hola! dijo el capitán; esto es preciso averiguarlo, pues la cosa no se presenta muy clara, que digamos.

Al resplandor de la vela, observó el jefe que los vestidos de Mario estaban manchados de sangre.

—¡Hola! ¡hola! replicó; ¿si por ventura creéis que estamos ciegos?

—Pero, contestó Mario, esto puede ser muy diverso de lo que pensais; pues he tomado en mis brazos al muchacho cuando estaba ensangrentado.

(Concluirá.)